

¿No me respondes, Zoraida?
Bien muestras, señora mía,
que no conoces mis males;
á saberlos ¿quién creería
que viéndome lastimado
me fuérades tan esquiva?

Rey moro quisiera ser
del reino de Andalucía,
aunque llorara desdenes
al pie de tus celosías...



GLOSAS Y CANCIONES



GLOSAS Y CANCIONES

I

Tengo yo á la dulce
prenda de mi alma,
viva en la memoria,
muerta en la esperanza.

Cuna y sepultura
llevo en las entrañas
de duelos presentes
y glorias pasadas.

¡Ay Dios! ¿Quién dijera
que glorias tan altas
tuviesen al cabo
raíz tan amarga?

¿De qué me han servido
las dichas gozadas
si se han vuelto penas
de tanto llorarlas?

Ni aún sé, cuando miro
sus sombras lejanas,
si fueron vividas
ó fueron soñadas.

Venturas tan breves
son desdichas largas,
si empiezan con besos
concluyen con lágrimas.

No quiero más glorias
de esas que se acaban,
pues si he de perderlas
no quiero gozarlas.

Vida de mi vida,
prenda de mi alma,
trátame cual tuyo,
muéstrame tu cara.

Pues, solo y ausente,
mi amor la retrata
viva en la memoria,
muerta en la esperanza...



II

La niña morena
que el alma me enciende
con tantos donaires,
con tantos desdenes;
que me hizo cautivo
de amor, en sus redes,
y goza bebiendo
mis lágrimas, tiene
los ojos de lumbre,
la carne de nieve,
chiquita la boca,
chiquitos los dientes,
preciosas mejillas
de sangre y de leche,
nariz afilada,
de seda la frente,
cabellos endrinos,
que á rosas frascienden,
los labios de guindas,
grosellas y mieles,
gentil la estatura
y el genio vehemente,

y una voz y un ángel,
que si habla parece
que cantan los cielos
y ríen las fuentes.

De otras hermosuras
que mi niña tiene
no es bien que yo sepa,
ni es bien que las cuente
si no que las goce
cuando me las diere...
que yo he de casarme
con ella, aunque fueren
contra mí donaires,
contra mí desdenes;
pues sé que ha jurado
guardar mi fe siempre
dentro de su pecho
de lumbre y de nieve...



III

Ya no canto amores,
sólo canto penas
de memorias vivas
y esperanzas muertas.

¡Oh dichas pasadas!
¡Ay Dios! ¿Quién dijera
que aquellos amores
tan presto se fueran?

Paso por su calle,
paso por su puerta,
¡qué triste la casa!
¡qué solas sus rejas!

Temblando, adivino
la estancia desierta,
que fué encubridora
de antiguas ternezas.

Los viejos retratos,
la clave entreabierta,
los muebles, que aún guardan
su aroma y su huella,

testigos, un tiempo,
de dulces promesas,
de amorosos hurtos
y dichas secretas...

En tardes felices
y en noches serenas,
allí, de sus ojos
gocé la presencia.

¡Sus amados ojos,
doradas candelas
que si miran, hablan,
y cuando hablan, besan!

¡Luces de mi vida;
sin las llamas vuestras,
todos son abismos,
todas son finieblas,

hondas sepulturas
de cansadas penas,
de memorias tristes
y esperanzas muertas!



LAS QUERELLAS DE LA ESPOSA



LAS QUERELLAS DE LA ESPOSA

Lloraba el alma mía,
mi tierna y dulce Esposa,
la dura esclavitud en que yacía,
y así me dijo un día,
con voz triste, delgada y cadenciosa.

I

¿Por qué los resplandores
de mi lumbre inmortal te dan enojos?
¿Por qué si desdeñaste mis amores,
siervo de tus antojos,
para negar mi luz cierras los ojos?

No te ablanda mi ruego,
ni mi pesar te mueve...
¡Si yo pudiera luego
derretir con mis lágrimas de fuego
tu corazón de nieve!

Nunca, en hora serena,
pones tu sien sobre mi pecho amigo;
sólo, en trances de pena,
si el dolor te echa al cuello la cadena
temblando vienes á llorar conmigo.

Durmiendo en mi regazo ¡cuantas horas
dulces, consoladoras,
halló tu desventura!
Mas ¡cuán poco te place mi ternura!
¡Sólo de mí te acuerdas cuando lloras!

¡Cuantas veces, hablándote al oído,
templé tus crisis de furor y mengua,
y apagué de tus ansias el gemido,
y embelesé tu corazón herido
con el sonido de mi dulce lengua!

Y, en tus días de duelo,
rezando á Dios por tí, puesta de hinojos,
serenando tu vivo desconsuelo,
para mirar al cielo
me asomé á las ventanas de tus ojos...

¡Cuantas noches, despierta
y en deseos y amores inflamada,
busqué tu corazón, llamé á la puerta
nunca á mi afán abierta,
siempre á los pasos de mi amor cerrada!

Humilde y silenciosa,
como esclavo á las puertas de su dueño,
en la noche medrosa,
la vigilante esposa,
sentada en el umbral, veló tu sueño....

II

¿Por qué así me castigas?
Yo refresqué el ardor de tus fatigas
y embalsamé tu sien con mi cariño;
yo tu sueño arrullé con mis cantigas,
tomándote en mis brazos, como á un niño....

Díme; ¿quién te levanta
del sepulcro del sueño en tus auroras?
¿que rui señor divino es el que canta
prisionero de amor en tu garganta?
¿qué es lo que llora en tí cuando tu lloras?

A mi regazo suave,
 ¿no tornarás ya nunca arrepentido?
 ¿no serás como el ave,
 que, en las tinieblas de la noche, sabe
 buscar el lecho y el calor del nido?

De mi patria perdida
 traje á tu oscuro corazón las voces;
 de los brazos divinos desprendida
 bajé á tu pecho para darte vida...
 ¡y ya no me conoces!

Mi inocente hermosura,
 mi peregrina doncella hurtaste
 con afición impura...
 y, así que te cansaste,
 sola, triste y desnuda me dejaste.

Con vergüenza y dolor, con ansia viva,
 y encarnada la tez como una brasa,
 quedóse la cautiva;
 mientras alegre su galán se iba
 del brazo de «la loca de la casa»...

¡Yo la reina gentil, yo la señora
 que alumbró con estrellas su camino;
 hija del Cielo, hermana de la Aurora,
 ¡vedme entre hierros, arrastrando ahora
 «mi cetro de oro y mi blasón divino!»

III

¡Bien su linaje y su abolengo prueba
 quien de villano y de traidor se alaba!
 ¡Bien á mis ojos mi galán se eleva,
 haciendo de mi esclava su manceba
 de su manceba haciéndome la esclava!

Desnuda y triste, en el ingrato suelo
 de oscuro calabozo,
 con la nostalgia del perdido cielo,
 no tengo más consuelo,
 que el llanto, la querrela y el sollozo.

¡Nadie responde á mi rebelde grito!
 Solamente ¡oh Dolor! tú me acompañas:
 angustiosa preñez de lo Infinito!
 Mi cárcel es de bronce y de granito,
 y han puesto encima el mar y las montañas
 para estrujar el grito
 ronco y desgarrador de mis entrañas...

En vano clamo y al verdugo imploro;
sacudiendo en la sombra la cadena,
y gimo y tiemblo y me arrodillo y oro...
Mi torpe carcelero
se ríe de mi pena,
en tanto yo me muero...
¡y es hilo de agua en abrasada arena
el agua de mi lloro!

¡De mi glorioso reino desterrada,
cautiva de la carne pecadora
y en oscura prisión abandonada!
¡Yo que vine del cielo á esta morada
para ser la señora!

IV

¡Ay, á veces, la ardiente calentura,
viene á turbar mis horas de sosiego
con sus rojos fantasmas de locura!
Moja en mi sangre su pincel de fuego,
y dibuja en las telas de la noche
contornos que me inflaman los sentidos,
raudas felicidades,

rostros del bien y del placer perdidos,
fuentes, cielos, el mar, frondas y nidos,
desiertos y ciudades...

¡Con qué rasgos valientes y encendidos
arranca de las sombras claridades
y burla con sus pozos fermentados
mi sed de eternidades!

¡Pero al romper el alba,
sobre la carcel de mi noche fría,
mueve el verdugo su cabeza calva
con trágica ironía.

Huye como rebaño de corceles
la fiebre que mi sangre enardecía,
quebrando sus pinceles,
y en luto y sombra y soledad me deja;
triste, como la abeja
que arrebatada al colmenar un día,
prisionera entre hieles,
añora los rosales,
lejos de sus panales y sus mieles...

Despierto, perdonando á mi verdugo;
la frente alzo serena
la noble frente donde á Dios le plugo
poner un día el ascua de sus labios...
mis lágrimas enjugo,

sonrío, me incorporo
sobre mi duro lecho de miseria...
¡y otra vez yergue su cabeza fosca
mi verdugo, el dragón de la materia,
y al vientre y á los pechos se me enrosca!

V

Pero al través del fuerte cautiverio,
mi amor, mucho más fuerte,
desgarra las finieblas del misterio
y fulmina su antorcha en el imperio
terrible de la vida y de la muerte.

¡Con qué fuerza y qué luz abrasadora
rompe los hierros la sufrida esclava!
¡Con qué arranques y bríos de señora
sobre el blanco divino de la aurora
el rojo astil de su centella clava!

Ebria de amor, de cielo, de ternuras,
olfateando mis antiguos rastros,
me pierdo en las alturas,
y arrojó mis manchadas vestiduras
en la llama encendida de los astros.

Y vuelo, devorando la distancia,
y subo y tiemblo y grito y salto y crezco...
¡Ya avizoro la estancia
de Aquel por quien padezco!
Un dulcísimo olor, una fragancia
me envuelve, lisonjera...
¡Oh, amor, oh mi banderal
¡Con qué blandas angustias desfallezco!

¡Señor: aquí me tienes!
Llorosa y maltratada,
perdida y desmayada,
torno de mi prisión á tu albedrío.
¡Dáme á gozar tus bienes!
¡Llévame á tu morada!
¡Sostenme con tu brío!
¡Ay, tómame en tus brazos, Dueño mío,
que estoy, de tanto padecer, cansada.

Tú me criaste hermosa
y á tus divinos brazos torno fea,
doliente, querelosa,
como marchita rosa
que el rudo caminante pisotea.

Mi torpe carcelero
 á quien dijiste tú que me guardara,
 con llanto y golpe fiero
 percidió los colores de mi cara.
 ¡Tén de mi pena compasión; repara
 la beldad de mi cuerpo lastimero
 y esclarece en tus manos mi lucero;
 torne la sierva al ara
 y parezca mi rostro mañanero
 tan puro y dulce como el agua clara...
 ¡Mira, Amor mío, que de amor me muerdo!

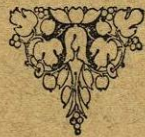
VI

¡Oh espantosa ternura!
 ¡oh sublime delirio!
 ¡oh locura de amor! ¡oh calentura!
 ¡epilepsia y martirio
 de mi carne, morada como el lirio!
 ¡Barras candentes del amor! ¡Cuán hondas
 en mi seno febril han penetrado!
 ¡Qué ardientes, qué encendidas, qué redondas
 las huellas de sus fuertes quemaduras,
 de sus vivas ternuras,
 en el fondo del alma me han dejado!

¡Amor! ¡oh, cuán adentro
 la raíz del espíritu sacudes!
 ¡con qué furioso encuentro
 la sangre abrasas y los nervios ludes!
 ¡con qué imágenes pueblas
 la fría soledad de mis tinieblas!
 ¡con qué frémulos ímpetus acudes!
 ¡con qué profundos éxtasis persuades!
 Y ¡cómo en tu caricia abrasadora
 purgas la flor del alma que te adora
 y la enciendes en vivas claridades!

Pero, á veces, Amor ¡como me engañas!
 En tus brazos me tienes,
 gozando de tus bienes,
 y de pronto te vas... Y en las entrañas
 siento una angustia... un frío...
 Todo queda vacío:
 la noche, la prisión, el pecho mío;
 todo parece de la nada el centro,
 ¡tan sólo, tan sombrío!
 ¡Me sofoca la sed y no hallo el río!
 ¡busco un rayo de sol y no lo encuentro!

¡Oh libertad soñada! ¡oh puerta abierta!
¿Cuándo será que rompa mis prisiones?
¿cuando quebrantaré los eslabones
y abierta á mi ansiedad veré la puerta?
¡Padre mío, Señor, Amor.... liberta
á la pobre cautiva!
¡Ay, no te tardes si me quieres viva,
que de tanto esperar estoy ya muerta!



SONETILLOS